

10. JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA: LA INVASIÓN NORTEAMERICANA*

José María Roa Bárcena (1827-1908), como otros coetáneos suyos, fue poeta y novelista. La historiografía le debe textos de enseñanza de la historia a nivel elemental y, sobre todo, sus memorias sobre la intervención norteamericana, como dice él mismo, escritas por un joven de entonces. La inclusión de este testimonio, asimilado ya por la madurez y la distancia que el tiempo da entre el acontecimiento y el momento de recrearlo (1883), es de interés por dos razones: por una parte se trata de una reflexión acerca de algo que afectó a una generación; por otra, el resumen de un análisis histórico ya tamizado por la interpretación con perspectiva.

La guerra nuestra con los Estados Unidos fue el doble resultado de la inexperiencia y del engrimiento de la propia capacidad, por una parte; y de la ambición que no halla freno en la justicia, y del abuso de la fuerza, por otra parte.

La rebelión de Texas, más bien debida a la emancipación de los esclavos en México, que a la caída de la Constitución federal de 1824, habría tenido lugar sin la una y sin la otra. Fue el resultado del plan de los Estados Unidos, calculado y ejecutado con calma y sangre fría verdaderamente sajona, y que consistió en enviar a nacionales suyos a colonizar tierras entonces pertenecientes a España y luego nuestras, y en excitarlos y ayudarlos a rebelarse contra México, rechazar todo ataque nuestro, erigirse en pueblo independiente, obtener como tal el reconocimiento de algunas naciones, e ingresar, al fin, en la Confederación norteamericana en calidad de uno de sus Estados. ¿Hay calumnia o simple inexactitud en esto? Véanse los extensos y luminosos informes del general Manuel de Mier y Terán, que obran en nuestros archivos acerca de la situación y los peligros de Texas y de nuestra frontera septen-

* Fuente: José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana*, (1846-1848), 3 v., Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1947 (Colección de Escritores Mexicanos, 46-48), III, 338-355.

trional, mucho antes de la rebelión de los colonos; la iniciativa de nuestro Ministro de Relaciones don Lucas Alamán de 6 de abril de 1830; y, sobre todo, la nota del enviado norteamericano Wilson Shannon, de 14 de octubre de 1844, en que se dijo acerca de la medida de la agregación de Texas a los Estados Unidos, pendiente en Washington en aquella sazón: "Ha sido una medida política largo tiempo alimentada y creída indispensable a su seguridad y bienestar [de los Estados Unidos]; y, consiguientemente, ha sido un fin invariablemente seguido por todos los partidos, y la adquisición de su territorio [de Texas] objeto de negociación de casi todas las administraciones en los veinte años últimos."

La rebelión de Texas halló a México engreído con el brillante resultado de su guerra de independencia, y creyéndose capaz de toda alta empresa. Con la presunción y el arrojo que dan los pocos años, envió a su ejército al través de inmensos desiertos y sin recursos hasta el Sabina, a escarmentar a los rebeldes, y en el aturdimiento de la primera derrota le hizo retroceder hasta el Bravo, como señalando así anticipadamente la zona toda que debíamos perder de aquel lado. Sus posteriores e inútiles alardes y preparativos de recobro de Texas antes y durante el acto de la incorporación de dicho Estado en la Unión norteamericana, suministraron a ésta un pretexto para traernos la guerra en cuya virtud se adueñó, al cabo, de la zona que más allá del Bravo nos quedaba, así como de Nuevo México y la Alta California.

México que, para obrar con previsión y cordura, debió haber hecho en 1835 abandono de Texas, ciñéndose a conservar y fortificar sus nuevas fronteras, debió en 1845 reconocer el hecho consumado de la independencia de aquella colonia y arreglar por la vía de las negociaciones sus propias diferencias y sus límites con los Estados Unidos. Imprudencia y locura fue no hacer lo uno ni lo otro; pero hay que convenir en que aquella juiciosa conducta no le habría evitado las nuevas pérdidas territoriales sufridas en 1848. También la zona entre el Bravo y el Nueces, también el Nuevo México y la Alta California eran indispensables a la seguridad y el bienestar de los Estados Unidos, como lo demuestra su correspondencia diplomática; diversas alusiones de los mensajes del presidente Polk al Congreso; la nota de Trist de 7 de septiembre de 1847 a los comisionados mexicanos; y, antes que todo y muy prin-

cialmente, las invasiones armadas en Nuevo México y la Alta California, todavía bajo un estado de paz entre ambos pueblos. Así, pues, el pretexto habría sido otro, pero la apropiación de tales territorios la misma.

La guerra con los Estados Unidos nos halló en condiciones desventajosísimas a todas luces. A la inferioridad física de razas, uníamos la debilidad de nuestra organización social y política, la desmoralización, el cansancio y la pobreza resultantes de veinticinco años de guerra civil, y un ejército insuficiente en número, compuesto de gente forzada, con armas que en gran parte eran el desecho que nos vendió Inglaterra, sin medios de transporte, sin ambulancia ni depósitos. La federación, que en el pueblo enemigo fue el lazo con que Estados diferentes se unieron para formar uno, fue aquí la desmembración del antiguo para constituir Estados diversos: cambiamos nosotros, en sustancia, la unidad monetaria del peso por los centavos que había reducido a peso fuerte nuestro vecino. Uno de los efectos más deplorables de esta organización política, debilitada y complicada aún más por nuestra heterogenidad de razas, se vio en la indiferencia y el egoísmo con que muchos Estados —mientras otros, como San Luis Potosí, hicieron inauditos esfuerzos en la defensa— pudieron atrincherarse en su soberanía, negando recursos de sangre y dinero al gobierno general, obligado a un tiempo mismo a hacer frente a la invasión extranjera, y contener y reprimir las sublevaciones de los indios. En cuanto a nuestro ejército, su inferioridad y deficiencia se vieron desde la campaña del otro lado del Bravo con la cual tuvo principio la guerra en 1846. Allí una masa de 3 a 4,000 hombres a quien convenía por medio de un movimiento rápido e inesperado llevar a Taylor por sí misma la noticia de su avance, tuvo que detenerse a pasar el río en dos lanchas; se vio quintada por la artillería del enemigo a quien no llegaban las balas de nuestros cañones, y hubo de abandonar en el campo de batalla sus heridos a la humanidad y conmiseración del vencedor, para retirarse en completo desorden a Matamoros y rehacerse, aumentarse y volver a ser vencida en Monterrey.

Por un momento se creyó que la suerte de las armas iba a sernos propicia. Con el ímpetu y la celeridad con que en 1829 acudía a las playas de Tampico a rechazar la invasión española, Santa Anna llegaba al país, establecía su cuartel

general en San Luis, engrosaba y organizaba sus huestes y avanzaba con ellas hasta la Angostura al encuentro de Taylor. Ataca allí y hace retroceder de unas posiciones a otras al enemigo, le quita parte de su artillería, le hace consentir en su derrota: y, a última hora, falta el concurso de la caballería mexicana que debía avanzar del lado del Saltillo hasta Buenavista, se carece de municiones de boca en nuestro campo, y hay que levantarle, también con abandono de los heridos, emprendiendo hacia Aguanueva y San Luis una retirada desastrosa, que fue una verdadera derrota.

Taylor había quedado maltrecho e imposibilitado de emprender nuevas operaciones inmediatas; pero el enemigo era rico y poderoso y podía enviar aquí ejército tras ejército. Mientras el de Taylor se rehacía en la línea del norte, y otras divisiones norteamericanas invadían y conquistaban a Nuevo México y las Californias, y habíamos perdido ya a Tampico, el ejército del mayor general Scott desembarcaba y establecía sus baterías contra Veracruz, y ocupaba esta aruinada y heroica plaza a fines de marzo de 1847. Los restos del único ejército nuestro, desamparando la línea de defensa contra Taylor, emprendían, harapientos y quemados por el fuego del sol y de los combates, una marcha de centenares de leguas hasta Cerro Gordo, donde, acompañados de algunas fuerzas de guardia nacional, defendieron y perdieron posiciones mal escogidas, y se desorganizaron y desbandaron, aunque no sin haber hecho muy costosa al enemigo su victoria.

La defensa del Valle de México constituyó el último y el más empeñoso de nuestros esfuerzos. Un nuevo ejército, relativamente numeroso, aunque compuesto en grandísima parte de gente novicia e indisciplinada, ocupó la línea de fortificaciones trazada y construida por Robles y algunos otros de nuestros más hábiles ingenieros. No obstante haberse desviado Scott del camino recto para evitar los fuegos del Peñón al aproximarse a la capital, el plan y las disposiciones todas de la defensa parecían asegurarnos el triunfo; pero nada logran la voluntad ni los medios humanos cuando les son adversos los designios providenciales. Un general entendido y valiente puesto a la cabeza de la división volante destinada a caer sobre la retaguardia del enemigo cuando atacara éste cualquiera de los puntos de nuestra línea, en su afán de batirse desobedece las órdenes del general en jefe, altera y desbarata el plan todo de la defensa, ocupando y fortificando posi-

ciones él mismo, y provoca y da la batalla de Padierna; y Santa Anna, que con sus tropas disponibles debió haberle auxiliado en ella, ejerciendo así las funciones de la división de Valencia ya que se habían trocado los papeles, permaneció de simple espectador de la acción y la dejó perder, pudiendo y debiendo haberla ganado según las probabilidades y las reglas del arte militar.

Una página gloriosa entre tantos desastrosos sucesos dejó escrita la guardia nacional del Distrito en la defensa del convento de Churubusco. No sólo aquí, sino en Veracruz, Nuevo México, California, Chihuahua y Tabasco, se vio a los ciudadanos pacíficos tomar las armas, oponerse con ellas a la invasión extranjera, y batirse hasta consumir sus fuerzas y recursos todos.

Tras el primer armisticio, las hostilidades se renovaron con la batalla de Molino del Rey, en que el valiente Echeagaray y su 3º Ligero vieron la espalda al enemigo y le quitaron la artillería que se llevaba de nuestra línea. También esta función de armas, gloriosa para nosotros con todo y su pérdida, habría debido ganarse si hubiésemos tenido allí general en jefe, y si las divisiones de caballería atacaran en el momento oportuno.

Chapultepec y las garitas presenciaron actos de heroico valor de sus defensores y quedaron tintos en la sangre propia y ajena; mas fueron perdidos y dejaron dueño de la capital a Scott, y terminada virtualmente la resistencia de la República.

Se ha criticado a su caudillo el abandono del plan que tuvo algunos días después de la derrota de Cerro Gordo, de no volver a presentar grandes masas al enemigo, y de limitarse a cortar toda comunicación con Veracruz, base de sus operaciones. Pero cuando se ha visto que en Padierna y en Molino del Rey debimos haber triunfado, no hay conciencia para calificar de yerro completo el desistimiento de aquel plan. No se debe, por otra parte, desconocer que, tratándose de una nación poderosa y tenaz en sus designios, la derrota de los ejércitos de Taylor y Scott, más bien que una paz inmediata y ventajosa, habría podido determinar la venida de nuevas tropas, el empleo de medios más vigorosos y eficaces para la consecución de su objeto.

Tal fue nuestra campaña de 1846 a 1848, y en ella el

ejército y la guardia nacional cumplieron su deber y dieron el espectáculo no común de rehacerse, presentarse ante el invasor y batirse con él a otro día de cada derrota, lo cual no hacen los cobardes. Ningún pueblo que no carezca de sentido moral vería con indiferencia en sus anales defensas como las de Monterrey de Nuevo León, Veracruz y Churubusco; batallas como las de la Angostura y Molino del Rey; muertes como las de Vázquez, Azoños, Martínez de Castro, Frontera, Cano, León, Balderas y Xicoténcatl. Y en cuanto al jefe principal, Santa Anna, no obstante sus errores y faltas, cuando la bruma de las pasiones y de los odios políticos haya desaparecido del todo ¿quién podrá negar su valor, su actividad, su constancia, su entereza contra los repetidos golpes de una siempre adversa fortuna; la maravillosa energía con que estimulaba a todos a la defensa, y sacaba recursos de la nada, e improvisaba y organizaba ejércitos, levantándose como Anteo, fuerte y animoso después de cada revés? ¿Qué no habría sido la defensa de México tras algunos años de paz anterior, con ejército mejor organizado y armado, y bajo un sistema político que hubiera permitido al caudillo disponer libremente de todos los elementos de resistencia de la nación? Una palabra más sobre la campaña, y que será de justicia para el enemigo: su temperamento grave y flemático; su carencia de odio en una aventura acometida con el simple intento de medros territoriales; su disciplina, vigorosa y severa en los cuerpos de Línea, y que abrazaba a los Voluntarios con excepción de algunas fuerzas volantes que fueron un verdadero azote; y, sobre todo, el noble y bondadoso carácter de Taylor y Scott, disminuyeron en lo posible los males de la guerra; y el segundo de los citados jefes, primero en el mando de las armas invasoras, fue, una vez terminada la campaña del valle, el más sincero y poderoso de los amigos de la paz.

No sólo no fue esta deshonrosa, sino que figurará en los anales diplomáticos de los pueblos hispanoamericanos como resultado de una negociación que sólo el patriotismo y la inteligencia de Peña y Peña y Couto pudieron resumir en las condiciones pactadas cuando estábamos enteramente a merced del vencedor. La paz, por otra parte, nos proporcionaba ocasión de aprovechar la experiencia adquirida, corrigiendo no pocos abusos, despertando del sueño de muchas ilusiones,

poniendo coto a nuestros gastos, nivelando nuestro erario con los fondos de la indemnización, restableciendo el crédito público, y haciendo que un espíritu de unión y concordia sustituyera la irritación y el encono de nuestras pasiones políticas. La ocasión fue desaprovechada del todo. La discordia afirmó aquí su imperio en vez de perderle, y la serie de los años posteriores dejó señalada su marcha con ancho reguero de lágrimas y sangre, y nos acercó más y más al abismo de que nos debíamos haber alejado.

Al hacerse la paz, no carecía de razón uno de sus más hábiles adversarios, don Manuel Crescencio Rejón, cuando afirmaba que era sólo un aplazamiento de nuevas pérdidas territoriales. ¿Cuáles eran, efectivamente, entonces los puntos graves y trascendentales de la política norteamericana respecto de México? Su expansión territorial a nuestra costa y su influencia exclusiva en los destinos de los diversos Estados del continente americano: la absorción parcial y sucesiva de nuestro país, y la práctica de la doctrina Monroe.

Hemos visto que el convencimiento de la triste e ineludible suerte reservada a la República, dio ser aquí, en 1847, al grupo anexionista que juzgó preferible a tal suerte, o sea, a la absorción parcial sucesiva, la formal incorporación de México en los Estados Unidos, en virtud de un pacto solemne que nos hiciera participantes de todos los derechos y ventajas de sus propios ciudadanos. Por una parte la aversión a esta solución, que el deber de la propia conservación rechaza; y, por otra parte, aquel mismo convencimiento de la pérdida gradual e inevitable de México, reforzado a muy alto punto por los sucesos y el desenlace de la reciente guerra, y por las diarias publicaciones de la prensa norteamericana que nunca ha hecho misterio de los designios y esperanzas de lo que llama "destino manifiesto" de los Estados Unidos; así como por el carácter que había llegado a asumir la lucha entre nuestros bandos políticos, alguno de los cuales pedía ayuda y favor a varias cortes y compraba y armaba buques en La Habana, mientras otro suscribía el proyecto del tratado MacLane y recibía auxilio efectivo de la marina norteamericana en las aguas de Veracruz, alarmaron más y más a nuestro pueblo; y una fracción suya no pequeña volvió a preguntarse lo que de algunos años atrás se había preguntado: si la influencia europea en América, tan rechazada y execrada de nuestro natural

enemigo, sería el único elemento eficaz de resistencia a la ejecución de sus planes.

Esta idea antigua de suyo, una grave complicación diplomática en México en 1861, y la rebelión de los Estados del sur en el pueblo vecino, rebelión que, naturalmente, la debilitaba y abstraía, hicieron creer en la conveniencia y oportunidad de establecer aquí, al amparo de la intervención de Inglaterra, Francia y España, no obstante las espinas, los peligros y hasta la repugnancia naturalísima de la ingerencia de extraños en los asuntos propios, un gobierno que, ajeno a nuestros odios y rencillas, hiciera reinar la justicia y la paz, abriera y aprovechara nuestros todavía cegados veneros de riqueza, y agrupara y organizara las fuerzas vivas de México para salvar su nacionalidad que los partidos todos consideraban, no sólo amenazada, sino también casi perdida. Pero debemos creer que tampoco esta vez la voluntad de los hombres iba de acuerdo con los designios providenciales. La liga tripartita fue deshecha por la habilidad de Juárez y Doblado. El gobierno de Napoleón III, que acometió por su sola cuenta la empresa, vaciló en el momento decisivo; se abstuvo de reconocer en la Confederación del Sur el carácter de beligerante, y, vencida ella, a una simple orden del secretario norteamericano de Estado Seward, retiró aquél de México sus tropas, cuya permanencia, por lo mal dirigidas, había sido más adversa que favorable a los fines con que vinieron. Entretanto, el Príncipe, dotado de las más bellas y nobles cualidades de un héroe de los tiempos antiguos, pero que carecía de las raras condiciones de fundador de imperios y carecía del don de gobierno, luchaba y era vencido y recibía la muerte con el valor de los Habsburgos, no inferior al de los generales nuestros que le defendieron en la epopeya sangrienta de Querétaro y le acompañaron en el cadalso. El desenlace de este drama, acerca de cuyos actores no podrá fallar inapelablemente la historia sino después de consignar la solución del problema de la suerte futura de México, vino a significar la impotencia de Europa contra la Roma moderna que, nacida de unas cuantas colonias de peregrinos del antiguo continente, robustecida por la inmigración y el trabajo, regida y ennoblecida por hombres como Washington, enriquecida por su industria y comercio que no reconocen ya superior, y engreída con su desarrollo, su fuerza y sus victorias, ve con

desdén a las naciones seculares con cuya sangre se ha formado y crece más y más todavía; extiende a todas partes sus innumerables brazos como un pólipo gigantesco, y aspira a “amarrazar al remo de sus naves” los destinos de los demás pueblos americanos. Estos a consecuencia de la misma catástrofe, quedaron limitados a sus propios recursos para la lucha; y a la vanguardia de tales pueblos se halla el nuestro.

Pero la fortuna y los medios del ataque han cambiado, al menos en cuanto a México. Dueño ya de costas vastísimas sobre ambos océanos y nuestro Golfo, con excelentes puertos en el Pacífico y una extensión de país tal que aún no la cubre ni la cubrirá en algunos años su prodigiosa marea humana, la tendencia actual de los Estados Unidos no es el aumento territorial que no les hace falta desde luego y que, más o menos directamente, acrecería la importancia material y política del sur, vencido y quieto, pero vigilado y temido, y a quien el norte no ha de proporcionar medios ni ocasiones de nuevo engrandecimiento. Nuestro vecino, sin renunciar a sus grandes planes tradicionales, busca hoy desahogo a la plétora de su riqueza monetaria, de su producción industrial y de su comercio: invierte sus capitales en México en asombrosas empresas ferrocarrileras, cuyos primeros resultados naturales han de ser la inmigración norteamericana; la facilidad y hasta la necesidad para alimento de tales empresas, de trasladar aquí los artefactos y mercancías de aquel país; la desaparición virtual de nuestras mutuas fronteras; un cambio forzoso en nuestro sistema fiscal y hacendario; una situación dificultosa y crítica para la escasa industria nacional en la mayor parte de sus artes y oficios, y la radicación y el desarrollo en manos norteamericanas —por efectos de la abundancia de capitales, del hábito y la disposición para el trabajo, y del infatigable espíritu de empresa y adelanto individual— de los principales negocios del país en agricultura, minas, industria y comercio. Y, como si estos resultados naturales y próximos no fueran suficientes a su objeto, aspira, según sus periódicos, a anticiparlos, celebrando con México un tratado de comercio sobre bases que excluirían toda concurrencia mercantil de otras naciones; sobre bases de una reciprocidad imposible entre pueblos de condiciones económicas tan dispares.

¿Hemos aventajado algo, o más bien dicho, han disminuido para nosotros el peligro las nuevas miras inmediatas del

coloso? A juicio aun de muchos liberales, el peligro era menor y más lejano con las antiguas, como que se reducía a la pérdida parcial sucesiva de territorio, o sea a la restricción gradual de nuestras fronteras, sin los embarazos y complicaciones interiores que la reciente política del vecino puede y debe suscitar, y que todos prevemos, por más que la prudencia y el decoro se resistan a señalarlos nominalmente. Por otra parte, los medios de esa reciente política no han sido resistentes hasta aquí. No podíamos negar la entrada en nuestra tierra a las locomotoras del progreso humano. La situación geográfica de México y sus riquezas mismas, aún no explotadas, ponen a la República en condiciones cuyo desarrollo natural traerá consigo a un mismo tiempo la grandeza y prosperidad material del país, y el debilitamiento y, acaso en último resultado, la desaparición de su actual nacionalidad y de las razas que hoy le pueblan. Si esta idea puede ser tenida por hija de un pesimismo absurdo, es innegable, cuando menos, que se preparan cambios y novedades cuyo sentido difícilmente se ha de desviar mucho del indicado. En todo caso, si hay, en realidad, peligro, debemos tratar de conjurarle o disminuirle.

Median en la actualidad circunstancias favorables a México y que deben ser aprovechadas ante todo. La paz pública, el desahogo rentístico, la organización militar, la seguridad individual y el aumento de los medios del trabajo y del bienestar material, son patentes. El gobierno, a quien no faltan, por cierto, ni inteligencia ni valor, ha podido vencer dificultades internacionales que no carecían de gravedad, y cuyo arreglo es altamente honorífico a la República. Por otra parte, el personal del gobierno de los Estados Unidos no nos es hoy adverso, como se acaba de ver en la solución de las delicadas cuestiones de mutua seguridad de fronteras y del arbitraje solicitado por Guatemala. Si desde luego se lograra evitar la celebración de un tratado de comercio como el que parece amenazarnos; y si en seguida, el desistimiento de añejas preocupaciones y la saludable modificación de las ideas políticas por efecto de la experiencia adquirida y del convencimiento del peligro nacional, permitieran a nuestros estadistas procurar el progreso moral cuya necesidad no puede serles desconocida, se lograría cegar las fuentes de error y corrupción que envenenan a las nuevas generaciones en quienes tiene que

fincar la esperanza de México; se disminuirían hasta donde fuese posible los fatales efectos de la pérdida de la unidad religiosa, pérdida que constituye una nueva y no despreciable ventaja para nuestro adversario; con el cultivo y el libre desarrollo de sentimientos, ideas y aspiraciones que una filosofía sensualista y atea proscribía y ahora, renacerían la virilidad y el patriotismo; y el pueblo que se halla, como he dicho, a la vanguardia de los latinos en el Nuevo Mundo, podría en el momento supremo, formar en batalla ante el enemigo común, bajo la única bandera propia y tradicional de su raza; la bandera que hizo retirar de Roma a los bárbaros, que anegó en Lepanto el formidable poder de la Media Luna, y que descubrió y civilizó la mayor parte de las regiones americanas; la bandera del Catolicismo. Todavía así, nuestra estatura sería la del pastorcillo de Israel ante Goliat; pero Dios, cuando cumple a sus justos e inexcrutables designios, ampara al débil contra el fuerte; y en todo caso, el último esfuerzo de la defensa no sería indigno del primero.